

Los historiadores preferimos conservar la ortografía original para comprender mejor las prácticas de la escritura. Por esta razón aplaudo que haya respetado la ortografía de los autos en su transcripción paleográfica, incluida en el apéndice documental.

Carmen CASTAÑEDA

*Centro de Investigaciones y Estudios Superiores
en Antropología Social-Occidente*

Romana FALCÓN: *México descalzo: estrategias de sobrevivencia frente a la modernidad liberal*. México: Plaza y Janés, 2002, 365 pp. ISBN 968-11-0574-5

El estudio del “pueblo”, “los de abajo”, las “clases populares” o los “sectores subalternos” constituye una de las principales vertientes de la historiografía contemporánea. Esta irrupción de “lo popular” en los estudios históricos no deja de contener una fuerte dosis de ironía ya que, tradicionalmente, los relatos históricos eran dominados por las “grandes figuras”, los “próceres” o los “patriotas”, quienes fungían en las narrativas nacionales como los héroes en la forja de las identidades colectivas. La historiografía actuaba como depositaria de las tradiciones de las élites y de los mitos fundacionales que sustentaban su idea de nación; era uno de los guardianes mayores de las “comunidades imaginarias” de los sectores de poder y las clases dominantes. Cuando las clases populares aparecían en sus relatos —que no siempre lo hacían—, ocupaban un lugar exiguo en ellos; solían ser meras figuras de reparto que, en el mejor de los casos, eran convocadas por los próceres en ocasiones excepcionales. Mas, usualmente, en las historias nacionales las “masas” constituían un “otro interno”, una muchedumbre compuesta por un amasijo de “clases peligrosas” a las que los sectores hegemónicos temían como a la peste, por lo que pensaban que debían “domesticarlas”. Para las élites, las clases populares eran, a lo sumo, una materia prima que debía ser moldeada y regentada de manera autoritaria, cuando no despótica, con el fin de encaminarla hacia la senda del progreso, el desarrollo o la modernidad.

Esta concepción acerca de los sectores populares se fundaba, por supuesto, en razones de clase, en su ubicación en la estructu-

ra productiva y distributiva de la sociedad. No obstante, en los países de América Latina y el Caribe también se motivaba en consideraciones étnicas, "raciales", de origen "nacional" y, por ende, culturales. El origen colonial de las sociedades latinoamericanas y caribeñas, en las que prevalecía una pigmentocracia (o, mejor, una "etnocracia"), determinó de manera irrevocable las relaciones entre los sectores hegemónicos y los subalternos. Estas estructuras de dominación continuaron operando aun después de la independencia. Deslumbradas con la idea del progreso, las élites resintieron la presencia de unas masas de indígenas, mestizos, negros y mulatos que, en el contexto latinoamericano y caribeño, emblematicaban el atraso y la barbarie. Por eso, se enfrentaron al dilema de cómo lograr la modernización que anhelaban contando con un conglomerado humano que difícilmente llenaba sus expectativas. "Bárbaras" y premodernas en sus estructuras económicas, en sus usos cotidianos y en sus expresiones culturales, las masas latinoamericanas estaban mal dotadas para emprender ese camino esplendoroso hacia el progreso que vislumbraban las élites. Angustiadas ante tal contrariedad, con frecuencia optaron por forzar a las clases populares a tomar ese derrotero por medio del gobierno fuerte o la dictadura.

Irónicamente, el liberalismo esgrimido por los gobiernos latinoamericanos en el siglo XIX estuvo lejos de vedar las prácticas y las discursivas raciales que habían prevalecido durante la colonia. En su edición republicana, la persistencia de tales prácticas y discursos acarreó una situación que podría definirse como esquizofrénica. Por un lado, en virtud de sus capacidades productivas, de su potencial como mano de obra, se reconocía la necesidad de contar con las masas que, por otro lado, se objetaban e impugnanaban debido a su bagaje cultural —derivado, a su vez, de la "raza"—, el que se concebía como un lastre en la larga marcha hacia la modernización. Aunque calificados teóricamente como ciudadanos, los grandes sectores populares de América Latina que no se avenían a los modelos culturales dominantes —que eran, de hecho, la mayoría—, quedaban en la práctica sometidos a toda suerte de trances y acosos. Así, mientras se abogaba por la liberación de las fuerzas económicas y productivas, se sometía con frecuencia a los sectores populares a rígidos sistemas de trabajo forzoso, orientados a obtener trabajadores para las empresas agrícolas y mineras dirigidas al mercado y para las obras de infraestructura que contribuirían a la modernización. Además, se presionó a los grupos subalternos que contaban con recursos

económicos y productivos que potencialmente podían ser aprovechados en esos “grandes diseños” que se pusieron por obra en América Latina en el siglo XIX y que se orientaron hacia la economía mercantil.

En esta compleja trama histórica se enmarca la presente obra de Romana Falcón, la que “intenta descifrar cuáles fueron aquellas grandes coordinadas políticas e ideológicas que explican por qué y cómo la formación del Estado nacional mexicano se convirtió en una empresa donde el grueso de los pobladores humildes del campo se mantuvieron en una situación de dominio” (p. 12). Proyectando a la época contemporánea las reflexiones que suscita su investigación, Falcón insiste en que “la pluralidad étnica” no es —tal como se pensó en el siglo XIX o como incluso piensan muchos todavía en el presente— “lo que entorpece la forja de la nación moderna que México quiere ser, sino la naturaleza del dominio que vincula a los diversos núcleos de su tejido social” (p. 27). El tema, por supuesto, no es nuevo: ha sido abordado, desde diversas ópticas, por historiadores mexicanos y extranjeros, como evidencia la abundante bibliografía citada por la autora. No obstante, *México descalzo* brinda perspectivas novedosas, en particular su incorporación, como referentes conceptuales, de los trabajos de James Scott en torno a las “resistencias cotidianas” y “ocultas”.¹ Con base en las reflexiones de Scott, Falcón realiza una pormenorizada narración de diferentes instancias de resistencia de los pueblos indígenas y las comunidades campesinas —el “México descalzo” al que alude la atinada metáfora del título— con el fin de defender sus tierras, sus aguas, sus identidades y sus formas de socialización.

En su análisis, Falcón insiste —siguiendo a Scott— en que la dominación nunca es absoluta, por lo que, a pesar de la subordinación a la que se vieron sujetos, los grupos subalternos del campo mexicano desarrollaron un conjunto de estrategias con el “fin de limitar las exacciones y demandas, y, en lo posible, crearse un nicho en la estructura de poder” (p. 20). Este “arco de resistencias” abarcaba tanto “estrategias de paz” como “estrategias de guerra”. Las primeras incluían todo un abanico de “resistencias cotidianas”, entre ellas: el uso de “la etnicidad como estrategia” defensiva, “los forcejeos cotidianos, pequeños y concretos, el uso

¹ James SCOTT: *Weapons of the Weak: Everyday Forms of Peasant Resistance*. New Haven: Yale University Press, 1985 y *Domination and the Arts of Resistance: Hidden Transcripts*. New Haven: Yale University Press, 1990.

y manipulación de todas las vías abiertas en el aparato formal de gobierno, las amenazas veladas, anónimas y escondidas, la violencia a cuentagotas, manifestada en incidentes menores y aislados" (p. 21). Este cúmulo de estrategias comprendía resistencias más o menos espontáneas que se efectuaban en el diario vivir, fuera de todo esquema organizativo, como resistencias que sí requerían algún grado de formalización. Tal era el caso de los reclamos efectuados por los pueblos y las comunidades a los diversos organismos de gobierno, la mayoría de ellos relacionados con conflictos por el control de la tierra. De hecho, el periodo estudiado por Falcón estuvo plagado de conflictos agrarios, motivados buena parte de ellos por las políticas gubernamentales que, inspiradas en el liberalismo, efectuaron una "modernización forzada" desamortizando las tierras comunales. Para los indígenas y los campesinos, esta política se tradujo en el "asedio" de sus tierras, por lo que se lanzaron a defenderlas usando como arma los recursos legales a su disposición.

Con frecuencia, los subalternos recurrieron al uso simbólico de "los conceptos y las instituciones de la modernización como un 'menú a la carta', de acuerdo con sus necesidades concretas y entreverándolos con sólo aquellas partes del pasado que les convenía preservar" (p. 21). En otras palabras, las comunidades subalternas "inventaron sus tradiciones", crearon sus propias "comunidades imaginarias",² que si bien tenían un sustrato local, también remitían a formas alternas de pensarse y localizarse en el contexto más general de la nación mexicana. Los forcejeos entre los pobres del campo y el Estado en torno a esas "cuotas de sangre" que representaba el reclutamiento militar, constituyen un área particularmente sensible para explorar las contradictorias nociones prevalecientes en el México decimonónico acerca de la nación y sobre el significado de la ciudadanía. El análisis de Falcón evidencia cómo, además de asediar las propiedades de las masas rurales, el Estado también afectó la autonomía que ejercían los campesinos y los indígenas sobre su fuerza de trabajo. Además, muestra la relación existente entre la leva y el afán modernizador y civilizatorio ya que ésta era concebida como un medio

² Eric J. HOBBSBAWM y Terence RANGER (COORDS.): *The Invention of Tradition*. Cambridge: Cambridge University Press, 1988 y Benedict ANDERSON: *Imagined Communities: Reflections on the Origin and Spread of Nationalism*. 2ª ed. rev., Londres: Verso, 1994.

para combatir la vagancia que, supuestamente, aquejaba a las masas rurales.

Uno de los aciertos de Falcón es destacar que, en sus luchas por defender su existencia, los pueblos y los indígenas de México generaron identidades colectivas que no implicaban, necesariamente, “un regreso a ultranza a antiguas prácticas y formas de vida cristalizadas con el paso de los siglos. Por el contrario” —subraya la autora—, “sus metas e identidades eran fluidas y tornadizas, por lo que fueron tomando y adaptando aquellas partes de la cambiante realidad que convenía a sus intereses, autonomía y defensa” (p. 102). Este planteamiento, referido en este estudio al siglo XIX, remite a las definiciones de “lo indio”, debate de gran actualidad y que tiene que ver con las formas en que históricamente se han construido las alteridades indígenas desde la óptica occidental. Una de las vertientes de este debate ha estribado, precisamente, en el papel de las resistencias y las luchas en la configuración de las identidades étnicas y comunitarias.³ Al sustentar el carácter fluido y cambiante de las identidades étnicas, Falcón aporta a un debate que hasta ahora ha sido dominado por antropólogos y sociólogos, quienes no siempre han sido capaces de percibir la porosidad e historicidad de las “identidades”.

En la segunda parte de su investigación, dedicada a “las estrategias de guerra” de las comunidades, Falcón comienza ubicando las resistencias violentas de los pueblos y los campesinos en la “larga duración” de la historia mexicana. Suscribe la percepción, apoyada por la mayoría de los estudiosos del tema, que en el siglo XIX hubo un incremento de la “violencia plebeya”, producto de la intensificación de la “violencia institucional”, perceptible en la creciente presión que ejercieron tanto los potentados como el Estado sobre los recursos de los pueblos y las comunidades rurales. Así, durante los años finales de la década de los sesenta, “el campo mexicano estuvo en llamas”. Entonces estallaron varias sublevaciones, revueltas e insurrecciones dirigidas “en contra del dominio que privaba en la localidad o la región”, si bien en ocasiones llegaron a “formular retos explícitos y radicales al régimen federal en su conjunto” (p. 149). Algunas regiones, como Chalco y el actual estado de Hidalgo, fueron escenarios particularmente activos de las rebeldías campesinas. Sin embargo, Falcón no se

³ Les W. FIELD: “Who are the Indians? Reconceptualizing Indigenous Identity, Resistance, and the Role of Social Science in Latin America”, en *Latin American Research Review*, 29:3, 1994, pp. 237-248.

circunscribe a las insurrecciones que emergieron en estas regiones; al contrario, incluye una diversidad de movimientos sociales que estallaron durante la República restaurada, que van desde “la larga insumisión itinerante” de las etnias nómadas del norte de México hasta las rebeliones y rebeldías en los confines más al sur del país. Entre éstas destaca las que protagonizaron los indígenas de origen maya en la península de Yucatán y las de los chamulas de Chiapas. En estos últimos casos, Falcón presta particular atención a las dimensiones culturales, religiosas y étnicas de las rebeliones.

Al presentar diversos ejemplos de las resistencias, las rebeldías y las insurrecciones campesinas e indígenas, Falcón nos ofrece un panorama amplio de “las dificultades y oportunidades que tuvieron los grupos mayoritarios del campo para lograr incrustar sus demandas e intereses en el largo y complejo proceso por el cual México se forjó como nación” (p. 289). Asimismo, ilustra cómo, en sus estrategias defensivas, “los campesinos, indígenas y pueblos entreveraron lo añejo con lo moderno” (p. 290), mostrando su gran capacidad para concebir y generar formas imaginativas de lucha, “reinventando” de paso sus identidades. Mediante este “demandar y pactar, aceptar y retar, mantuvieron el tejido de la vida pueblerina y la capilla mientras fueron precisando su pertenencia a México” (p. 295).

En este tipo de aseveración sobre la naturaleza de la dominación y de las resistencias de las clases populares trasluce la impronta de James Scott. Ello es indicio de la preocupación de la autora por basar su investigación en consideraciones teóricas. De hecho, en la introducción de *México descalzo*, Falcón realiza una discusión en torno a los “límites y retos metodológicos” que supone una investigación acerca de las resistencias de las clases campesinas e indígenas en el siglo XIX. Entre otras consideraciones, señala lo problemático que resulta emplear categorías como “indígena”, “indio”, “etnia”, “pueblo”, “comunidad”, “Estado”, “nación” y “legalidad”, términos todos ellos “cargados de contenidos que poco a poco han ido sedimentando la conciencia moderna de la actualidad y que, por tanto, pueden ser muy diferentes de los significados cotidianos de hace siglo y medio” (p. 23). Asimismo, enfatiza el gran “reto conceptual y de fuentes” que se desprende de esa suerte de silenciamiento que consumaron los liberales decimonónicos al intentar borrar “todo vestigio de lo ‘indígena’ en la estructura legal y administrativa”, por lo que la evidencia documental sobre las poblaciones indoamericanas tiende a desvanecerse a me-

dida que avanza el siglo XIX. En México, señala Falcón: “Lo étnico se va diluyendo, en la realidad y en los archivos, dentro del enorme y abigarrado sector de los plebeyos y subalternos. Hoy es casi imposible recuperar su voz a ras de suelo en los empolvados papeles que guardan la memoria del pasado” (p. 25).

El dilema planteado por la autora de *México descalzto* remite a una cuestión que, a mi entender, trasciende la mera heurística histórica, esa paciente labor de recuperar y filtrar las fuentes con el propósito de obtener aquellas evidencias sobre el pasado que permitan la repetición, mediante una narración, de los acontecimientos y los procesos históricos. Esa “invisibilización documental” de los indígenas respondió a una concepción de la nación que asumía la representación de “lo mexicano” desde las perspectivas doctrinales del liberalismo y del republicanismo. En consecuencia, se partía de la premisa de que lo más conveniente para los grupos indígenas era, precisamente, dejar de ser “indios” y transmutarse en ciudadanos modernos, siguiendo el patrón de la modernidad occidental. En otras palabras, atribuyéndose la representación de los indígenas, los liberales terminaron invisibilizándolos.

Irónicamente, este gesto de abrogarse la autoridad de “hablar por los indios” acaso no sea muy distinto del anhelo de los historiadores contemporáneos de “recuperar la voz de los de abajo, de los subalternos” (p. 13). Esta contradicción apunta, precisamente, a una de las cuestiones teóricas fundamentales que se ha suscitado recientemente en los estudios sobre las clases populares, planteada sobre todo por el grupo de los “estudios subalternos” de India,⁴ que es el problema de la representación, de esa pretensión del intelectual de “hablar por el subalterno”. “¿Puede hablar el subalterno?”, se pregunta Spivak.⁵ Si puede, ¿cómo lo hace desde

⁴ Partha CHATTERJEE: *The Nation and its Fragments: Colonial and Postcolonial Histories*. Princeton: Princeton University Press, 1993; Vinayak CHATURVEDI (coord.): *Mapping Subaltern Studies and the Postcolonial*. Londres y Nueva York: Verso en asociación con New Left Review, 2000; Saurabh DUBE: *Sujetos subalternos*. Traducción de Germán Franco y Ari Bartra. México: El Colegio de México, 2001; Saurabh DUBE (coord.): *Pasados poscoloniales: colección de ensayos sobre la nueva historia y etnografía de la India*. Traducción de Germán Franco Toriz. México: El Colegio de México, 1999, y Ranajit GUHA y Gayatri Chakravorty SPIVAK (coords.): *Selected Subaltern Studies*. Nueva York y Oxford: Oxford University Press, 1988.

⁵ Gayatri Chakravorty SPIVAK: “Can the Subaltern Speak?”, en Gary NELSON y Lawrence GROSSBERG (coords.): *Marxism and the Interpretation of Culture*. Urbana, Ill.: University of Illinois Press, 1988, pp. 271-313.

la obra histórica, es decir, de un texto que es producto de una palabra que, en propiedad, no es la suya, de una “voz amoral” que más bien practica una suerte de “ventrilocuismo” pretendiendo hablar por el subalterno ausente? ¿O es el texto histórico, más bien, una apropiación de experiencias ajenas mediante la cual el historiador representa o escenifica sus propias “fábulas espaciales e identitarias”?⁶

Éstas son preguntas que, más allá de consideraciones metodológicas, ameritan alguna atención; apuntan de manera especial a la compleja relación entre el saber y el poder. Abordarlas implica cuestionar ese conjunto de transparencias que parecen signar la práctica historiográfica, que asumen que las fuentes “reflejan” fielmente lo real y que el historiador, al consultarlas, se convierte en un mero transmisor de la “verdad” en ellas contenida. Paradójicamente, quizás los historiadores que nos dedicamos al estudio de las clases populares y los sectores subalternos no seamos muy diferentes de aquellos vehementes y bienintencionados liberales decimonónicos que se abrogaron la potestad de hablar a nombre de los indios. Después de todo, ese “hablar por el Otro”, esa tendencia a arrogarnos su representación, continúa siendo un elemento central del tejido social y del saber moderno.

Como vemos, de *México descalzo* se desprende una historia ejemplar: muestra cómo las buenas intenciones de los grupos que pretenden hablar por la totalidad de la sociedad —en este caso, los liberales del siglo XIX— son insuficientes para generar una nación más justa. Todavía, como entonces, dicha propensión constituye un gran escollo a la forja de una nación más democrática e igualitaria. No por casualidad, hoy, como en el pasado, uno de los soportes del dominio en México sigue siendo esa insidiosa predisposición a “hablar por el Otro”.

Pedro L. SAN MIGUEL

Universidad de Puerto Rico

Instituto de Investigaciones Dr. José María Luis Mora

⁶ Pedro L. SAN MIGUEL: “Falsos (además de confusos) comienzos de una digresión sobre historia y antropología”, en *Revista del Centro de Investigaciones Históricas* (Facultad de Humanidades, Universidad de Puerto Rico), 11, 1999, pp. 33-61 y “Visiones históricas del Caribe: entre la mirada imperial y las resistencias de los subalternos”, en *Revista Brasileira do Caribe* (Centro de Estudos do Caribe no Brasil, Universidade Federal de Goiás, Brasil), 1:2, 2001, pp. 37-89.